

do los austro-rusos por la parte del Traun, no podían pensar en defenderlo por la parte del Ens, pues les hubiéramos dominado en todas partes, de suerte que pasamos dicho río sin el menor obstáculo.

Con el cuartel general en Lintz y la vanguardia sobre el Ens, Napoleon tomó otras disposiciones para proseguir aquella marcha ofensiva, ejecutada, como ya hemos dicho, por un camino estrecho situado entre el Danubio y los Alpes. Lo difícil que era avanzar así en una larga columna, cuya cola no podía ir á socorrer á la cabeza si el enemigo le sorprendía, con el riesgo siempre temible de que los atacase por el costado si los archiduques dejaban repentinamente á Italia para trasladarse á Austria, á lo cual se unía la escasez de víveres, pues los rusos los habían devorado ó destruido, exigía se tomasen grandes precauciones antes de llegar á Viena, y así lo hizo Napoleon.

El inconveniente de mayor gravedad que tenía aquella marcha era seguramente la posibilidad que había de que los archiduques apareciesen de pronto, pues las dos masas beligerantes que obraban en Austria y Lombardia, se dirigían de Oeste á Este, una al mandado de Napoleon y Kutusof en el Norte de los Alpes, y otra de Massena y el archiduque Carlos en el Mediodía. Era posible por lo mismo que escabulléndose de repente el archiduque Carlos á los ojos de Massena, delante de quien podía dejar una simple retaguardia para engañarle, cruzase los Alpes, recogiese de paso á su hermano Juan con el cuerpo del Tirol, y penetrase en Baviera, ora para reunirse con los

austro-rusos detras de una de las posiciones defensivas que se encuentran en el Danubio, ora para caer simplemente sobre el flanco del ejército grande francés. Aunque posible, esto no era probable de ningun modo, porque el archiduque Carlos tenía dos caminos, uno que le hubiera conducido detras del Inn por el Tirol, Verona, Trento é Inspruck, y otro mas lejano que le hubiera llevado por la Carinthia y la Styria, así como Tarvis, Leoben y Lilienfeld, á la posición conocida con el nombre de San Polten, que se halla por delante de Viena. En cuanto al primero, suponiendo que el archiduque se decidiese en el momento mismo que capituló Mack, lo cual sucedió el día 20, no sabiéndose por los franceses en Verona hasta el 28, y no pudiendo saberlo los austriacos antes del 25 ó 26, suponiendo, decimos, que antes de dejar la Italia, no quisiese el archiduque dar un combate para contener al ejército frances, solo tenía tres dias, esto es del 25 al 28, para atravesar el Tirol y llegar al Inn, mientras que Napoleon lo pasaba del 28 al 29, siendo de consiguiente muy poco tiempo para semejante marcha. En cuanto al camino de Styria, camino que hubiera podido tomar despues de la batalla de Caldiero, tenía que atravesar el Frioul, la Carinthia y la Styria, y que andar cien leguas en los Alpes, desde el día 30 de octubre, que fué cuando se dió la batalla de Caldiero, hasta el 6 ó 7 de noviembre, dia en que Napoleon pasó el río Ens para dirigirse hácia adelante, faltándole tambien el tiempo de consiguiente para semejante operacion. Si el archiduque Carlos no podía adelantarse á Napoleon en una de las posiciones de-

sible que aquellos tres navios, llamados el *Santa Ana*, el *Rayo* y el *San Justo*, pudiesen mantenerse firmes en una linea de batalla, pues lo mas que podian hacer era aparejar con la escuadra. Así lo manifestaron los oficiales españoles, y queriendo Villeneuve salvar su responsabilidad, reunió un consejo de guerra, en el cual dijeron los oficiales mas valientes de una y otra escuadra que estaban prontos á dirigirse á donde fuese preciso, para secundar las miras del emperador Napoleon, pero que era una imprudencia que podia costarles muy caro el presentarse inmediatamente al enemigo en el estado en que se hallaban la mayor parte de los buques; que á las pocas horas de haber salido de la bahía, y cuando apenas hubiesen tenido tiempo para manobrar, encontrarían á una escuadra inglesa, igual ó superior en fuerzas á ellos, y quedaria destruida la nuestra infaliblemente; y que mas valia aguardar una ocasion favorable, como por ejemplo, que por cualquier motivo se dividiesen las fuerzas inglesas, ocupándose entre tanto en terminar la organizacion de los buques últimamente armados.

Villeneuve dió cuenta de todo al gobierno francés, diciendo que tambien él opinaba no debia darse una gran batalla, en el estado en que se hallaban una y otra marina; pero esto lo hizo como para que resaltase mas y mas su tranquila resignacion, pues añadió que estaba decidido á hacerse á la vela con el primer viento del Este que le permitiera sacar á la escuadra de la bahía.

Esperó, pues, impaciente se le presentase un

momento favorable para dejar á Cadiz á toda costa, complaciéndose en la idea de que al fin tenia delante al temible Nelson, cuya imagen le habia perseguido por todos los mares, haciéndole faltar á una de las comisiones mas importantes que podia desempeñar en toda su vida. Empero ya no temia su presencia, aunque entonces era mas temible que nunca, porque ensanchada su alma con la desesperacion anhelaba por los peligros, y aun casi una derrota, para demostrar habia tenido razon en querer evitar un encuentro con la marina británica.

Entre tanto Nelson, despues de tocar por un instante en las playas de la Gran Bretaña, que no debia volver á ver, enderezó el rumbo hácia Cadiz, con una de las escuadras que el almirantazgo inglés reunió en la Mancha cuando penetró al cabo de dos años los proyectos de Napoleon; y era natural dirigirse á aquel puerto, porque habia corrido en el Océano la noticia de que Villeneuve se hallaba de regreso al otro extremo de la península.

Tenia Nelson á su disposicion poco mas ó menos las mismas fuerzas navales por Villeneuve, es decir, treinta y tres ó treinta y cuatro buques, pero todos adiestrados en el largo tiempo que llevaban de cruceros, y dotados de la superioridad que siempre tienen sobre las escuadras bloqueadas las que bloquean. No abrigando la menor duda en vista de los preparativos de Villeneuve, pues todo lo sabia por medio de espías, de que este iba á caer en su poder, observaba sus movimientos con el mayor afán, y dirigió á oficiales ingleses, previendo que pronto se iba á

ocupaba el Tirol, y por lo mismo le mandó Napoleon que se acercase al centro del ejército, encaminando los bávaros hacia el cuerpo de Ney, lo cual debía agrandar en gran manera á estos últimos, porque tenían grandes deseos de poseer el Tirol. Para sí reservó, á fin de embestir directamente la posición de San Polten, los cuerpos de los mariscales Soult, Lannes y Bernardotte, la caballería de Murat y la retaguardia, cuyas fuerzas eran suficientes, habiendo como habia sido enviado el cuerpo de Davout para que diese la vuelta á aquella posición.

No se limitó á esto Napoleon, pues quiso tomar algunas precauciones en la márgen izquierda del Danubio. Hasta entonces solo habia marchado por la márgen derecha, descuidando la izquierda, y eso que se hablaba de una reunion de tropas en Bohemia, pues el archiduque Fernando se hallaba al parecer allí con la caballería que sacó de Ulm. Decíase tambien que se acercaba el segundo ejército ruso, conducido á Moravia por Alejandro y de consiguiente era preciso resguardarse por aquella parte. Napoleon, que habia trasladado á Passau la division de Dupont, le mandó avanzar por la orilla izquierda del Danubio, manteniéndose siempre á la altura del ejército, y enviando fuerzas que reconociesen los caminos de Bohemia, para adquirir informes de lo que allí sucedía. Los holandeses que dejaron á Marmont debia agregarse á la division de Dupont, y creyendo que no era bastante, separó Napoleon á la division de Gazan del cuerpo de Lannes, y mandó que se dirigiese con la division de Dupont á la orilla izquierda, poniendo una y otra al mando del ma-

riscal Mortier; y para que no quedasen aisladas del ejército grande que seguía ocupando la orilla derecha, se le ocurrió formar con las barcas recogidas en el Inn, el Traun, el Ens, y el Danubio, una numerosa escuadrilla que cargó de viveres, municiones y todos los hombres cansados, escuadrilla que podía bajar el Danubio con el ejército, desembarcando en una hora á derecha é izquierda, diez mil hombres, ligando las dos orillas y sirviendo al mismo tiempo que de medio de comunicacion, de transporte. A la cabeza de aquella escuadrilla puso al capitán Lostanges, oficial de marina de la guardia.

Tales fueron las precauciones que Napoleon tomó para evitar los inconvenientes que podían resultar de aquella marcha ofensiva, ejecutada en un camino angosto y largo, situado entre los Alpes y el Danubio. De este modo tenia en la cima de los Alpes el cuerpo de Marmont; á la mitad de su altura el de Davout; á su pie y á lo largo del Danubio, los de Soult, Lannes y Bernardotte, la guardia y la caballería de Murat; al otro lado del Danubio el de Mortier, y por último, una escuadrilla que ligaba entre sí todas las fuerzas que marchaban por las dos orillas del rio, y llevaba todo lo que era difícil arrastrar tras sí; aparato formidable con que se acercó á Viena.

Cuando iba á dejar á Lintz, llegó al cuartel general un enviado del emperador de Austria, enviado que no era otro sino el general Giulay, uno de los oficiales hechos prisioneros en Ulm, á quien soltaron despues, y que habiendo oido hablar á Napoleon de sus disposiciones pacíficas, lo participó á su amo, lo cual hizo en este alguna impre-

sion. Consiguiente á esto le enviaba el emperador Francisco á que propusiese una tregua, y aunque el general Giulay no se esplicó con claridad, era evidente que lo que queria era que Napoleon se detuviese antes de entrar en Viena, sin embargo de lo cual no ofrecia en cambio ninguna garantía de que pronto se haria la paz con condiciones admisibles. Napoleon consintió de buen grado en tratar de la paz sin demora con un plenipotenciario autorizado en toda regla para consentir en los sacrificios que fuesen necesarios; pero conceder una tregua sin garantía de conseguir lo que se le debía por via de indemnizacion, era dar tiempo á que el segundo ejército ruso se reuniera con el primero, y los archiducos con los rusos al pié de los muros de Viena. Napoleon no era hombre capaz de cometer semejante disparate, y así declaró que se pararia en las puertas de Viena, sin pasar adelante, si le hacian proposiciones de paz sin cercas, pero que de otro modo llevaria á cabo su plan, que era apoderarse de la capital del imperio. Mr. de Giulay alegó que era necesario entenderse con el emperador Alejandro, antes de fijar condiciones que fuesen admisibles para todas las potencias beligerantes, y Napoleon contestó que haria mal el emperador Francisco, que era el que se hallaba en peligro, en someter sus resoluciones á la aprobacion del emperador Alejandro, quien no corria riesgo, y que debía pensar en la salvacion de la monarquía, haciendo un arreglo con Francia, y dejando que el ejército francés obligase á los rusos á volverse á su pais. Aunque Napoleon no se esplicó acerca de las condiciones con que se contentaria, todo el mundo sabia que deseaba

los Estados venecianos, los cuales formaban el complemento del reino de Italia, y si bien no hubiera provocado la guerra para adquirirlos, suscitada esta por el Austria, era natural que pretendiese aquella legitima recompensa de sus victorias. Por lo demas, entregó á Mr. de Giulay para el emperador Francisco una carta mesurada y atenta, en que hablaba con bastante claridad de las condiciones con que estaba pronto á hacer la paz.

Antes de ponerse en marcha recibió tambien Napoleon al elector de Baviera, quien por no haber podido ir á verle á Munich, iba á manifestarle en Lintz lo agradecido que estaba, la admiracion que le causaban sus grandes hechos, el júbilo con que le veia, y sobre todo las esperanzas que abrigaba de que contribuiria á su engrandecimiento.

Napoleon solo permaneció en Lintz tres dias, es decir, el tiempo exactamente necesario para dar órdenes; pero sus cuerpos no cesaron de marchar, pues pasaron el Inn en los dias 28 y 29 de octubre, el Traun el 31, y el Ens en los dias 4 y 5 de noviembre, avanzando aquel mismo dia hácia Amstetten y San Polten. En el primer punto quisieron dar los rusos un combate de retaguardia, para tener tiempo de salvar los equipages; y como hubiese en medio del camino de Viena un bosque de abetos tomaron posicion en un espacio claro de aquel bosque que quedaba libre á derecha é izquierda del camino. En medio de aquel espacio y por delante, se hallaba la artilleria de los rusos apoyada en la caballería, y detras, dando la espalda al bosque, su mejor infanteria. Así que Murat y Lan-

nes desembocaron con los dragones y los granaderos de Oudinot, advirtieron aquellas disposiciones, y como era la vez primera que encontraban á los rusos, y deseaban enseñarles como se batian los franceses, arrojaron los dragones y cazadores á galope hácia el camino real, para que se apoderasen de la artillería y la caballería enemigas. Nuestros valientes ginetes no tardaron, á pesar de la metralla, en hacerse dueños de las piezas, acuchillando á la caballería rusa y dejando libre el terreno; pero siendo preciso romper las filas de la infantería apoyada en los bosques de abetos, los granaderos de Oudinot se encargaron de ejecutarlo, y despues de un fuego de fusilería en estremo vivo, marcharon á la bayoneta á donde se hallaban los rusos. Desplegando estos un valor extraordinario, pelearon cuerpo á cuerpo, y se aprovecharon durante mucho tiempo de la espesura del bosque para resistir, hasta que al fin los obligaron nuestros granaderos á abandonar aquella posición, poniéndolos en fuga, y causándoles una pérdida de mil hombres, entre muertos, heridos ó prisioneros.

Murat y Lannes, que caminaban juntos, el primero con la caballería sin tomar aliento nunca, aunque estaba agoviada de cansancio, y el segundo con sus temibles granaderos, continuaron la persecucion del enemigo los dias 6, 7 y 8 de noviembre, sin poder darle alcance en parte alguna, de suerte que Lannes escribió á Napoleon lo siguiente: «Los rusos huyen con mas ligereza que la que nosotros empleamos en perseguirlos; está visto que esos miserables no se pararán á pelear ni una vez siquiera.» El dia 8 llegaron Lannes y

Murat al frente de San Polten, y los encontraron formados en batalla, y en actitud de querer empuñar una accion seria; pero á pesar de su ardor, no se atrevieron los dos gefes de nuestra vanguardia á aventurar una batalla sin el emperador, además de que no tenian medios suficientes para darla. Permanecieron, pues, todo el dia 8 en presencia unos de otros cerca de la hermosa abadía de Mölk, situada en la orilla escarpada del Danubio, y que dominando la ancha madre del rio con sus magníficas cúpulas, presenta el aspecto mas bello del mundo. Así es que estaba destinada para cuartel general del emperador, porque contenia además abundantes recursos, sobre todo para los enfermos y heridos.

Murat se alojó en el castillo de Mittran, propio de un conde llamado de Montecuculli, y allí recibió diferentes avisos en que se le decia que los rusos no tenian intencion de mantenerse en San Polten. Efectivamente acababan de tomar una resolución importante, pues así que retardaron la marcha de los franceses, ya cortando los puentes, ya trabando combates de retaguardia, y accedieron á los deseos del emperador de Austria, que quería se disputase el mayor tiempo posible la carretera de Viena, los rusos creyeron que habian hecho bastante, y pensaron en su propia seguridad. En consecuencia volvieron á pasar el Danubio por Kremst, en el sitio en que terminando este rio su recodo al Norte, vuelve á tomar la direccion del E., á lo cual se resolvieron mas que nada por haber recibido la noticia de que parte del ejército francés habia pasado á la margen izquierda del Danubio. Podia temerse en efecto que acu-

diendo Napoleon á una maniobra imprevista, llevase el grueso de sus fuerzas á la orilla izquierda, cortándoles la comunicacion con Bohemia y Moravia, y por lo mismo pasaron el Danubio en Krems, quemando el puente en seguida, porque como los trabajos que podian ponerlo en estado de defensa y aun de ser dueños de él esclusivamente, apenas habian principiado, no quedaba mas recurso que destruirlo. El dia 9 verificaron el paso, dejando en todo el archiducado de Austria horribles vestigios de su presencia, pues robaban, asolaban, hasta mataban, y se conducian, por último, como verdaderos bárbaros, de suerte que casi eran considerados los franceses como libertadores por los naturales del pais. La conducta sobre todo que observaban con las tropas austriacas nada tenia de amistosa, pues las trataban con suma arrogancia, imputándoles los reveses sufridos en aquella campaña, y hablando acerca de esto los generales y oficiales rusos con una altanería ofensiva y poco merecida, porque si los austriacos no tenian tanta firmeza como los peones rusos, eran superiores á ellos bajo todos los demas aspectos.

Los austriacos que se avenian muy mal con los rusos, se separaron de ellos para acudir á la defensa de los puentes de Viena, y Mr. de Meerfeld se retiró con su cuerpo por el camino que va de Steyer á Léoben. El general Marmont le siguió hácia el camino de Waidhofen á Léoben, y el mariscal Davout por el de San Ganing á Lilienfeld, por manera que los franceses tenian abierto el camino que iba directamente á Viena, y con dos jornadas que anduviesen se encontraban en las puer-

tas de aquella capital sin tener delante ningun enemigo que pudiera disputarles la entrada.

Grande debia ser la tentacion que se apoderase de Murat, siendo difícil que resistiera al deseo de seguir adelante, y mostrar á la capital del Austria su persona, que siempre descollaba, tanto en las revistas como en los sitios donde habia peligro. Nunca habia penetrado en aquella metrópoli del imperio germánico un ejército que hubiese salido del Occidente, pues Moreau en 1800, y el general Bonaparte en 1797, firmaron treguas en el momento de llegar á ella. Unicamente los turcos llegaron al pié de sus murallas, pero no pasaron de allí, y no pudiendo resistir Murat aquella tentacion, se dirigió hácia Viena en los dias 40 y 41, instando á los mariscales Soult y Lannes á que le siguiesen. Sin embargo, se guardó muy bien de entrar, parándose en Burkersdorf, en el montuoso desfiladero del Kahlenberg, á dos leguas de Viena.

Aquella era una precipitacion inútil y aun peligrosa, pues un cambio tan imprevisto como acababa de hacer el enemigo en su marcha, valia la pena de detenerse á aguardar órdenes del emperador. Esto sin contar que iban demasiado delante del cuerpo del mariscal Mortier, así como de la escuadrilla destinada á mantener á aquel cuerpo en comunicacion con el ejército, y corrian á ciegas entre los rusos que habian pasado al otro lado del Danubio, y los austriacos rechazados hasta los montes.

Efectivamente, en aquel momento se veia amenazado de una refriega el mariscal Mortier, situado en la márgen izquierda del Danubio, y

que al llegar cerca de Stein se encontró con los rusos que habian pasado el rio por Breims. No podia imputarse precisamente á Murat el riesgo que corria el mariscal Mortier, aunque contribuyó á atraerlo y agravarlo con su precipitado movimiento sobre Viena, pero sí á un descuido que casi nunca se encuentra en las operaciones dirigidas por Napoleon, y que sin embargo hubo entonces, porque por muy infatigable y constante que uno sea en vigilar, siempre queda algo por hacer.

Ocupado Napoleon en tantas cosas, faltó á uno de sus hábitos mas invariables, que consistia en examinar por sí mismo si se cumplian bien ó mal las órdenes que daba. Habia mandado, aunque de un modo general, que se reuniesen en un solo cuerpo las divisiones de Gazan, Dupont y Dumonceau, y que se formase una escuadrilla al mando del capitán Lostanges, para ligar entre sí á las columnas que marchaban por la orilla izquierda y las que iban por la derecha; pero confió demasiado en sus lugartenientes, que eran los que debian arreglar todas aquellas cosas. Murat avanzó con sobrada celeridad; Mortier, ora impulsado por el movimiento de Murat, ora por no haber dado al general Dupont órdenes bastante terminantes, dejó el intervalo de una marcha entre la division de Gazan que tenia consigo, y las de Dupont y Dumonceau que debian unírsele; y como era difícil reunir la escuadrilla, se quedó muy atrás.

Napoleon sin embargo, que conocia al momento cualquier inexactitud, corrió hácia Molk, y adivinando, aunque sin saberlo abiertamente, el peligro en que se hallaba el mariscal Mortier, detuvo el cuerpo del mariscal Soult, que Murat qui-

so le acompañase en su precipitada marcha, y envió ayudantes de campo á Murat y Lannes para que alojasen en su movimiento. Y esto porque no solo temia lo que podia suceder al cuerpo que habia pasado á la orilla izquierda del Danubio, sino á la vanguardia que con tanta imprudencia penetró en los desfiladeros de Kahlenberg.

En nada se pagan tan pronto los yerros que se cometen como en la guerra, porque en ninguna parte se encadenan con tanta rapidez las causas y los efectos. Guiados los rusos al suelo austriaco por el coronel Schmidt, oficial de estado mayor, tambien austriaco y de gran mérito, no tardaron en advertir que en la márgen izquierda del Danubio se habia quedado sola una division francesa, y resolvieron destruirla. Creyéndose seguros por haber quemado el puente de Krems, lo cual impedía al ejército francés ir á socorrer á la division comprometida, y no descubriendo una masa de barcas que pudiera suplir la falta del puente, se detuvieron para ver de alcanzar un triunfo que les parecia fácil, porque apenas llegaba á cinco mil hombres la division de Gazan, y los rusos tenían cerca de cuarenta mil, ademas de la ventaja del terreno. El Danubio corre por aquel punto entre dos orillas escarpadas, oprimido por los montes de Bohemia por una parte, y por los Alpes de Styria, á lo cual hay que añadir que desde Dirustein á Stein y Krems, se halla encajonado entre el rio y los montes que le dominan, el camino de la orilla izquierda, camino angosto, abierto en muchos trechos entre rocas, y de difícil paso para los carruages. Así es que el mariscal Mortier, que lo recorría con la division de Gazan, colocó en bar-

cas la única batería de que pudo disponer, y conducidos de la brida los caballos, seguían á la división sin poder apenas sentar las manos.

El día 11 de noviembre, mientras que Murat corría hácia Viena por la orilla derecha, Mortier atravesó por la izquierda á Dirustein, sitio en que se encuentran las ruinas del castillo en que estuvo preso Ricardo Corazon de Leon. En aquel punto se alejan un poco las alturas, y dejan un espacio entre su pié y el río, espacio por donde atraviesa el camino, unas veces encajonado en el suelo y otras elevado sobre él por medio de una calzada. La división francesa descubrió desde allí el humo que salía del puente de Krems, el cual todavía estaba ardiendo, y conoció á poco á los rusos, dudando si habrían pasado el Danubio por aquel puente. Sin averiguar el número de tropas que tenía delante, é impulsado del ardor que animaba á todo el ejército, solo pensó en seguir su marcha y en pelear, como así lo mandó Mortier en una orden espresa que se ejecutó al momento. Un oficial de artillería llamado Fabrier y que despues llegó á ser general, mandaba la batería de la división de Gazan, y dispuso el desembarque de las piezas para colocarlas en sitio conveniente. Los rusos se arrojaron en masa cerrada sobre la división francesa; pero el fuego de artillería causó en sus filas terribles destrozos: á pesar de esto trataron de apoderarse de los cañones, mas la infantería de los regimientos 100 y 103 de línea los defendió con extraordinario valor. Entonces se trabó en aquel angosto camino un combate encarnizado cuerpo á cuerpo, apoderándose el enemigo de los cañones, y recobrándolos los nuestros inmedia-

tamente para dispararlos contra los rusos casi á boca de jarro, lo cual les causó un daño terrible, mientras que apostados los demas en todos los sitios favorables, hacían un fuego tan temible como el de artillería. La lucha duró medio día, y á juzgar por los heridos que se encontraron á la mañana siguiente, el enemigo debió tener una gran pérdida, además de mil quinientos prisioneros que se le hicieron.

Durante el combate avanzaron los nuestros hasta Stein, donde sostenía el 4.º de ligeros, que se había esparcido por las alturas que dominan la madre del río, un fuego de tiradores muy nutrido, y que á cada instante se iba haciendo mas vivo. Al principio no se supo á que atribuirlo, pero á poco se vió que los rusos habían dado vuelta á las alturas, y que con dos columnas que formaban una masa de doce á quince mil hombres habían bajado hasta coger por la espalda á la división de Gazan, entrando en Dirustein, por donde pasaron aquella mañana. Es decir que habían envuelto á los nuestros, separados de la división de Dupont que quedaba una jornada atrás, y sin que apareciese la escuadrilla que surcaba el Danubio, de suerte que había pocas esperanzas de salvacion. A todo esto se acercaba la noche; espantosa era la situacion, y nadie dudaba que tenían sobre las armas un ejército entero; mas en semejante apuro evidente para todos, á nadie se le ocurrió, ni á oficiales ni á soldados, capitular. Morir todos, sin que quedase uno, antes que rendirse, fué la única alternativa que se presentó á los ojos de aquellos valientes, animados como todo el ejército del mas heróico espíritu. El mariscal Mortier pensaba co-



mo sus soldados, y ni mas ni menos que ellos estaba resuelto á morir antes que entregar á los rusos su espada de mariscal, por lo cual mandó marchar en columna cerrada y abrirse paso á la bayoneta, retrocediendo hácia Dirustein, que era donde debia unírsele la division de Dupont. Era de noche, y en la oscuridad volvió á empezar el combate trabado aquella mañana contra los rusos, aunque en sentido contrario: luchóse cuerpo á cuerpo en aquel angosto camino, estando tan cerca los soldados unos de otros que se cogian muchas veces por el pescuezo, y peleando de este modo fueron ganando los nuestros terreno hácia Dirustein. Sin embargo despues de romper varias masas de enemigos, desesperanzaban de conseguir su objeto, y de volver á abrirse un camino que se cerraba sin cesar, habiendo habido oficiales que propusieron á Mortier se embarcase solo, salvando á lo menos su persona para que no se gloriasen de haber hecho prisionero á un mariscal de Francia; pero el ilustre mariscal contestó: —No, no se separa uno de ese modo de hombres tan valientes; ó se salvan todos ó perece con ellos. —Peleaba, pues, espada en mano á la cabeza de los granaderos, y daba repetidos asaltos para volver á entrar en Dirustein, cuando se oyó de pronto á espaldas de aquella poblacion un fuego terrible. Al instante renació la esperanza, pues segun todas las probabilidades, debia ser la division de Dupont que llegaba; y efectivamente aquella valiente division, que habia caminado todo el dia, supo la peligrosa situacion en que se hallaba el mariscal Mortier, y acudia á socorrerle. El general Marchand, con el 9.º de ligeros, y sostenido

por los regimientos 96 y 32 de linea, que eran los que figuraron en Haslach, penetró en aquella garganta, yendo unos directamente hácia Dirustein por el camino real, y subiendo otros los barrancos, que bajaban de los montes para arrojar de ellos los rusos. En aquellos desfiladeros se travó un combate tan encarnizado como el que se daba en aquel instante por los soldados de la division de Gazan, hasta que al fin penetró el 9.º de ligeros hasta Dirustein, mientras que el mariscal Mortier entraba por el lado opuesto. Encontráronse las dos columnas, conociéronse mutuamente con el resplandor de los fagonazos, y los soldados se abrazaron, llenos de júbilo por haberse librado de tamaño desastre.

Por ambas partes hubo crueles pérdidas; pero la gloria de unos y otros no fué igual, pues cinco mil franceses resistieron á mas de treinta mil rusos, y salvaron su bandera abriéndose paso por en medio de ellos, ejemplo que debe recomendarse á todas las naciones, porque los soldados que se deciden á morir, siempre pueden salvar su honor, y muchas veces consiguen salvar tambien no solo su libertad, sino su vida.

El mariscal Mortier halló en Dirustein los mil quinientos prisioneros que hizo aquella mañana, y los rusos perdieron cerca de cuatro mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, siendo la pérdida mas sensible que esperimentaron la del coronel Schmidt, á quien tuvieron ocasion de sentir amargamente á muy poco. Los franceses salieron de la refriega con tres mil hombres fuera de combate, entre muertos y heridos, viendo sucumbir en aquellos desfiladeros la division de